

La luz de la Reina

Lumen

Reinado
de María



Reginae

N.44-DICIEMBRE 2023

Era su Hora
ALMA MARIANA

Estoy en paz con
la Virgen
VICTORIAS DE MARÍA

La pobreza
TOTÚS TUUS



*“No puede haber lugar para la tristeza,
cuando acaba de nacer la vida”.*

(San León Magno)



Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 44
Diciembre 2023

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.

El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.

P. Rodrigo Molina, inspirador
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMaria

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN

María en la S. Escritura: «Una Virgen concebirá»



07

ALMA MARIANA

Era su HORA



08

VICTORIAS DE MARÍA

Estoy en paz con la Virgen



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

San Isidoro Bakanja y el hábito de María



12

MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a la consideración de la vida eterna



14

TOTUS TUUS
SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

La pobreza



16

REINADO DE CRISTO

«Si no os volvéis y hacéis como niños...»



18

AL ENCUENTRO
CON EL DIOS UNO Y TRINO

El gran Misterio





Adviento, tiempo de espera

«**E**l pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz; sobre los moradores de una tierra de sombras, la luz ha despuntado» (Is 9,1). «Levántate, resplandece, llega tu luz y la gloria del Señor despunta sobre ti» (Is 60,1).

Dios se ha hecho diminuto e indefenso en las purísimas entrañas de la Virgen María, Ella, la que creyó con Fe grande.

Y nosotros, para acercarnos a este misterio de Amor, necesitamos un cambio total de mentalidad. Hacernos humildes.

Para eso la Santa Iglesia ha propiciado el tiempo de Adviento. Cuatro semanas de gozo contenido, de penitencia gozosa en la espera del Niño Jesús, nuestro Dios.

Jesús vino en carne mortal para salvarnos. Viene ahora por la

gracia, en espíritu y fuerza para aplicarnos los frutos de su Redención, si nos abrimos a Él. Al final vendrá para juzgarnos: en nuestra muerte y en el Día del Juicio. Entre su primera venida en carne mortal y su *Parusía* como Juez al final de los tiempos se desarrolla el tiempo de la Iglesia, como un constante Adviento de Jesucristo por medio de la acción del Espíritu Santo.

En el Adviento se entremezclan el sonido de la trompeta del Juicio Universal, que determinará el fin histórico de las cosas humanas, con los clamores proféticos de esperanza mesiánica del pueblo de Israel. En este punto culminante está Cristo, llave de los tiempos, principio y fin de la historia. Partiendo de Él, los años se cuentan «antes de Cristo» o «después de Cristo».

Un día Jesús preguntó: «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?» (Lc 18,8).

Él puede llegar en cualquier momento a buscarnos. Repitamos a menudo esta hermosa jaculatoria: ¡Ven, Señor Jesús!

Con esta exclamación de fe y amor, daremos la bienvenida al Señor en la Navidad, la ratificaremos en cada Eucaristía y será un modo humilde de contestarle con un SÍ a su pregunta.

Sumerjámonos en María, acudamos al manantial de Su Corazón Inmaculado para que el Agua Viva de la gracia nos purifique, nos recree, nos conforte, nos sane. Con María y como María, en silenciosa y gozosa espera, preparémonos al nuevo nacimiento de Jesús en esta próxima Navidad.

LA VIRGEN EN LA SAGRADA ESCRITURA

«Una Virgen concebirá...» (Is 7, 14)



.....
«**E**l Señor mismo os
dará una señal.
Mirad: la Virgen
encinta da a luz un hijo, a
quien ella pondrá el nombre
de Emanuel» (Is 7,14).

«Todo esto sucedió para que
se cumpliese lo que el Señor
había dicho por medio del
profeta: “La Virgen concebi-
rá y dará a luz un hijo, y le
pondrán por nombre Ema-
nuel, que significa Dios con
nosotros”» (Mt 1,22-23).

.....

Nos encontramos aquí ante
uno de los pasajes más cono-
cidos: el célebre anuncio del
nacimiento del Emanuel que
formula el profeta Isaías.

En el siglo II San Ireneo de
Lyon, en su obra *Contra las
herejías*, afirmaba el nexo in-
separable entre el pasaje de
Isaías y la aplicación mariana
que hace San Mateo: «Con las
palabras del profeta el ángel
se proponía persuadir a José y
justificar a María, mostrando
que Ella era precisamente la
virgen de la que Isaías había
preanunciado que daría a luz
al Emmanuel» (IV, 23, 1).

Vamos a explicar el texto, que debe ser bien contextualizado. Corría el año 734 a.C. Existían dos grandes imperios, Asiria y Egipto. Se percibe como especialmente peligroso a Asiria, ya que se encuentra en un momento de expansión. Para conseguir un equilibrio con el otro gran imperio, Egipto, del que se puede esperar ayuda militar, es necesario que el rey de Judá, Ajaz, entre en la liga que han hecho Siria y Samaria.

De hecho, Ajaz, rey de Judá, se niega a entrar en la liga antiasiria y provoca la reacción airada de Resín, rey de Damasco (Siria), y de Pecaj, rey de Israel (Samaria). Ambos invaden Judá, y Ajaz tiene que refugiarse en Jerusalén y prepararse para un asedio que se prevé desesperado. Ajaz teme no solo por su suerte personal, sino también por la previsión de la supresión física de la dinastía davídica que normalmente hubiera acompañado a su caída.

Pero hay en este segundo elemento de su temor una grave falta de fe. Por la profecía de Natán (2 Sam 7, 12-16), que tiene un solemne eco bíblico en el salmo 89, debía saber que la pervivencia de la dinastía davídica, de la que habría de nacer el Mesías, tenía sobre sí una promesa absoluta de Dios. En todo caso en vez de confiar en Yahveh, sabedor de que Él conservaría la dinastía, Ajaz acude en petición de auxilio al rey de Asiria y se hace vasallo suyo.



En este contexto histórico, Isaías es enviado por Dios para reprender al Rey Ajaz y exhortarlo a confiar en Dios en vez de confiar en el rey de Asiria (Is 7, 3-6). Como motivo supremo de confianza con respecto al futuro de la dinastía davídica, Isaías repite la promesa absoluta e incondicionada de la profecía de Natán: «*Esto no se cumplirá ni ocurrirá*» (v. 7); la dinastía no perecerá en ninguna hipótesis; incluso si la falta de fe de Ajaz hubiera de traer consecuencias negativas sobre él. Y sentencia el profeta v.9: «mas, si no creéis, ciertamente no subsistiréis», es decir, «si no tenéis fe, no tendréis estabilidad»: la frase hebrea hace un juego de palabras en torno a la raíz verbal 'mm' que significa «creer», por un lado, y «gozar de estabilidad, seguridad, tranquilidad», por otro.

Como signo de que Dios es poderoso para realizar sobre la tierra el milagro de la liberación militar de Jerusalén, aunque humanamente la victoria no sea previsible, a través del profeta Isaías, Dios ofrece un milagro en cualquiera de las otras dos dimensiones a las que se extiende el poder de Yahveh: el sheol o el cielo. «Pide para ti una señal de Yahveh, tu Dios, bien

sea de lo profundo del *sheol* o de arriba, en lo alto» (v. 11).

Pero, con piedad fingida, Ajaz rechaza el milagro que Isaías le ofrece: «No he de pedir ni tentar a Yahveh» (v. 12). Lleno de indignación, Isaías le reprende por su hipocresía, con la que intenta ocultar, bajo un velo piadoso, su falta de fe (v. 13).

Y a continuación, ya que Ajaz no quiere pedir un signo, Yahveh mismo asegura que va a darlo: «*por eso, el Señor mismo os dará una señal: he aquí que la 'almah concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel*» (v. 14).

Veamos. La señal implica ante todo, la concepción y el nacimiento de un hijo, de una virgen: Esta criatura nacerá de una 'almah, un término hebreo que indica una mujer joven que no ha dado a luz, una doncella.

El segundo elemento del signo es el nombre simbólico «Emmanuel». El «Emmanuel» es el Mesías. Dice Is 8,8: «Extenderá sus alas y cubrirá toda la amplitud de tu tierra, ¡oh Emmanuel!» La tierra de que se habla es la tierra de Judá. Ningún rey podía considerarla como suya. David fue castigado por haber hecho sobre ella el acto de posesión, implícito en el censo (2Samuel c.24). La tierra de Judá es exclusivamente de Yahveh y del rey Mesías, al cual es lícito transferir, en cuanto enviado de Yahveh, esta atribución.

Si el Emmanuel es el Mesías,



la *'almah* de que se habla es su Madre, María.

Con estos presupuestos podemos ya abordar directamente la cuestión del sentido exacto de Is 7, 14. ¿En qué consiste el signo que Isaías promete en su profecía? Se trata de un verdadero signo de la omnipotencia de Dios. No solo una profecía de que el Mesías vendrá. Sino un verdadero milagro de poder, es decir, la concepción por parte de una virgen, sin por eso dejar de serlo.

Además, anuncio de la imposición del nombre por parte de la madre es la única situación coherente con una concepción virginal, y en este sentido es un dato más, concordante con el conjunto de la exégesis explicada.

La revelación posterior confirmó que en Is 7, 14 se trata de la concepción virginal del Mesías. Así han entendido el versículo tanto Mt 1,22s (*«Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que el Señor había anunciado por el profeta que dice: He aquí que*

una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel, que traducido quiere decir Dios con nosotros») y Lc 1,31 (*«He aquí que concebirás y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús»*). San Mateo dice expresamente que en la concepción virginal de Jesús se cumplió lo anunciado en Is 7,14. San Lucas construye el núcleo central del anuncio del ángel a María calcándolo literariamente sobre Is 7,14. La tradición patristica es unánime en el modo de interpretar este pasaje.

En Is 7, 14, María aparece como la Madre virginal del Mesías. María no es solo una «mujer joven», ni tampoco una mujer «estéril» como sucedía en otros relatos de nacimientos célebres (Isaac, Sansón, Samuel), sino «virgen», porque el hijo que de ella nacerá no proviene «ni de carne ni por deseo de hombre, sino de Dios» (Jn 1, 13).

Su carácter de Madre virginal hará posible en ella una concen-

tración de su amor en Jesús, al que dará su corazón sin dividir (cf. 1 Co 7,32ss); así será prototipo de la actitud de concentración del amor en Jesús, a la que la Iglesia toda tiene que aspirar (cf. 2 Co 11,2).

«OH VIRGEN INMACULADA, MADRE DE DIOS Y LLENA DE GRACIA, AQUEL QUE LLEVASTE EN TUS ENTRAÑAS ES EL EMMANUEL, EL FRUTO DE TU VIENTRE. TÚ, OH MARÍA, EXCEDES TODA ALABANZA. TE SALUDO, MARÍA, MADRE DE DIOS Y GLORIA DE LOS ÁNGELES, PORQUE TÚ SUPERAS EN PLENITUD DE GRACIA TODOS LOS ANUNCIOS DE LOS PROFETAS. EL SEÑOR ESTÁ CONTIGO: TÚ DAS A LUZ EL SALVADOR DEL MUNDO».

En Navidad la liturgia da un relieve particular a la figura de María. La encarnación del Redentor comienza en su corazón, en su “aquí estoy” lleno de fe. Que el extracto de esta homilía del P. Molina nos ayude a penetrar este gran misterio.

«Acaba de llegar a Nazareth el mandato del emperador romano. María y José conocen que el censo cae dentro de la voluntad providente de Dios y, por lo mismo, saben que Dios hará desembocar el censo en bien para Él y para ellos. Empiezan a preparar el viaje.

El viaje tiene muchas molestias: calor en las hondonadas, frío y humedad en las alturas abiertas, incomodidad en las posadas... Todo lo sufren siempre pacientes, siempre serenos. Por fin llegan a Belén.

José y María encontraron la posada repleta por lo que se vieron obligados a pasar adelante. José llamó a muchas puertas. La Madre de Dios esperaba sobre la cabalgadura. Ninguna puerta se abrió. Empezaba el Calvario del rechazo de Jesús. Venía al mundo, pero el mundo no era lo suyo. Estaría en el mundo, pero el mundo no sintonizaría con Él.

El tiempo de dar a luz se acerca, insta. José se acuerda de una a manera de cueva. Servía para el refugio del ganado y tendría algún que otro pesebre adosado a la pared. Este era el lugar preparado por Dios...

Llegó la Noche Buena. El

mundo cansado de la fatiga de las obras, trabajos y pecados yacía en reposo, callaba. Santa María esperaba ardientemente este momento. Era su HORA. La Hora para la que había sido creada por Dios y a la que había sido destinada por Dios. Era la Hora del comienzo de la manifestación del Verbo Encarnado al mundo. Había llegado, estaba presente ya la hora de la salvación. La hora del tiempo del amor. La hora del comienzo de lo nuevo. La hora de una nueva oportunidad.

Iba pasando la noche y, cuando el Espíritu Santo puso la oración del corazón de Santa María en su más alto punto, entonces milagrosamente vio depositado sobre un extremo de su manto al Hijo de Dios encarnado. Acababa de nacer. Y en corazón de Santa María se aproximó en su alegría a la alegría del Corazón de Dios. Aquel Niño era de ambos.

Jesús miró a su Madre y tendió hacia Ella sus bracitos pidiendo un refugio. Él, que es el Dios bajado a la tierra, necesita de su criatura. María no se harta de contemplar su rostro. Cae a sus pies y le ofrece y le prodiga los homenajes de su amor, de su alegría y de su compasión. Y María presta todos los servicios de una madre a Dios, necesitado como un niño.

Ante la escena de esta noche, te voy a pedir tres cosas: soledad, recogimiento y silencio. Que vivas la virginidad, como Santa María, para que puedas contemplar a ese Niño y asimilarlo».

Era su Hora





Estoy en paz con la Virgen

La mayor victoria de la Virgen Santísima sobre un alma no es la curación física de una enfermedad o la ayuda en algún apuro económico, familiar, social... Sino la gracia de la verdadera paz del corazón, de una conciencia tranquila, exenta de todo pecado. No hay mayor dádiva que se pueda esperar de esta soberana Señora.

Estamos en el final de un año y todos nos deseamos lo mejor para el próximo. San Agustín señala que el dinamismo que mueve a todas las personas y sociedades es la búsqueda de la paz. Incluso los que no tienen una mirada trascendente desean una paz en este mundo para poder gozar de sus bienes. Los que hemos conocido a Jesús sabemos que la verdadera paz la trae Él.

En los últimos tiempos crece la advocación mariana que la designa como Reina de la Paz. En ella se reconoce que

la verdadera paz, que nos trae Jesucristo, nos va a llegar por mediación de su Madre. En su Corazón habitaba esa paz, de la que su Hijo es Príncipe, según la profecía de Isaías. En su Corazón nos guarda a todos nosotros.

Si entramos en su Corazón, seremos educados en la verdadera paz y encontraremos las fuerzas para vivir en gracia de Dios. Que Santa María interceda por nosotros y, al acabar este año 2023, podamos decir, como el mendigo de Pancorbo, “estoy en paz con la Virgen”.

El mendigo de Pancorbo

Saliendo del pueblecito de Pancorbo, en la provincia de Burgos (España), se encuentra una ermita dedicada a Nuestra Señora del Camino. A través de la reja de la puerta, se ve en la penumbra la imagen con flores, velas y algunas monedas esparcidas por el suelo.

Hace algunos años mendigaba por aquellos contornos un hombre de edad avanzada. Pedía limosna de puerta en puerta, besaba el mendrugo de pan que le ofrecían y se retiraba rezando agradecido. Nadie hablaba mal del mendigo de Pancorbo.

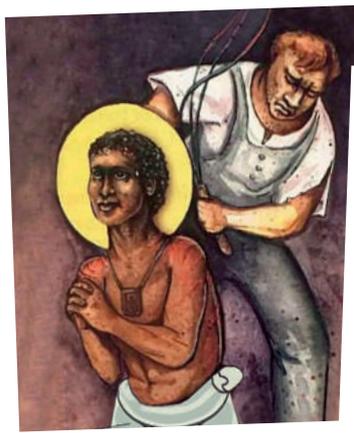
Al anoecer, cuando nadie le veía, introducía por la verja de la ermita un palo largo embadurnado de alquitrán y recogía las monedas del suelo. Es verdad que solo lo hacía cuando el tiempo era malo y las monedas escasas...

Un día le encontraron muerto en su choza destartalada. En su zurrón, un cuadernillo manoseado y sucio: «Pido a la Virgen dos reales». «Devuelvo a la Virgen lo que me prestó». «Adelanto a la Virgen una peseta». «Debo a la Virgen...». «La Virgen me debe...». Y en el último renglón había escrito: «Estoy en paz con la Virgen».

Cuantas veces, Madre, yo también he ido como mendigo necesitado a tu ermita o a tu imagen a recoger, como monedas, un poco de consuelo. También otras veces te he devuelto, como monedas, algunos detalles de cariño. Ojalá cuando llegue el momento de mi muerte, y estés junto a mí, pueda decirte: «Madre, estoy en paz contigo».

En paz con la Virgen... Así ya se puede vivir y morir contento...





San Isidoro Bakanja

Y EL HÁBITO DE MARÍA

Para presentar a nuestro santo nos trasladamos al Congo a principios del siglo XX. Se trata del Beato Isidoro Bakanja, un mártir joven que enorgullece a la Iglesia de Dios que está en África.

El Congo era una colonia belga en la cual desembocaban negociantes de todas clases: católicos belgas muy responsables y también colonizadores brutales, sin entrañas y enemigos declarados de la Iglesia. Entre estos un tal señor Van Caeter que se hará tristemente famoso en la historia del mártir Isidoro.

Hacia 1885, en el Zaire, vino al mundo un pequeño africano que se llamaba Isidoro Bakanja, su padre Yonzwa y su madre Inyuka. La familia estará compuesta por tres hijos, dos niños y una niña. Hacia 1905, cuando tenía veinte años, se hace peón de albañil. Al mismo tiempo, sigue el catecumenado con los monjes trapenses. Y es que Isidoro ha sido alcanzado por el amor de Cristo, tomando la decisión de unirse al Señor y pertenecer a la Santa Iglesia Católica. El 6 de mayo de 1906 recibe el Bautismo y su amor

por María, su Madre del Cielo, arraiga profundamente en su corazón. Para marcar su pertenencia tan especial a la Santísima Virgen, ese mismo día recibe el escapulario de Nuestra Señora del Carmen, «el hábito de María», como suele decirse en la lengua nativa de Isidoro. Llevará siempre ostensiblemente ese hábito. Recibe la Confirmación y hace la Primera Comunión el mismo año, en 1908, a los 23 años.

En su trabajo es diligente, íntegro y concienzudo; es abier-

tamente católico y muchos, impresionados por su sensatez, lo eligen como catequista. Realiza sus ejercicios piadosos (oración diaria, Santo Rosario, confesión y comunión frecuente) y su apostolado entre sus compañeros, pero sin que esto interfiera en su vida profesional. Tras una corta estancia con su familia, se desplaza a Ikili. Allí previenen a Isidoro de la aversión contra los cristianos por parte de algunos dirigentes de la Sociedad Anónima Belga (S.A.B.) que lo tiene empleado.

El gerente de la S.A.B. no tolera la influencia religiosa de Bakanja sobre los demás trabajadores de la empresa, ni tampoco los signos de su vida religiosa, principalmente su querido escapulario de Nuestra Señora del Carmen.

Aquella aversión suya aumenta a medida que Isidoro es respetado por sus superiores; Isidoro, irreprochable y muy valeroso, no se deja intimidar en lo referente a su fe. En febrero de 1909, el gerente de la S.A.B. ordena por primera vez que Bakanja sea castigado con veinticinco golpes de cachiporra por haberse negado a quitarse el escapulario. Tras recuperarse de las heridas, Isidoro sigue con regularidad su vida de plegaria, de trabajo y de catecismo. Pero se acrecienta la ira en el alma de su perseguidor, que le resulta insoportable el escapulario con la imagen del Sagrado Corazón y de la Santísima Virgen.

Pensando que hay que terminar de una vez con aquello, el gerente ordena que Bakanja sea tendido en el suelo, yendo a buscar él mismo una correa de piel de elefante en cuyo extremo hay dos clavos para que golpeen a su víctima hasta hacerle sangrar, para matarlo. Recibe por lo menos doscientos golpes. Isidoro aún vive y en el calabozo queda atado por ambos pies a dos argollas metálicas cerradas con candado y unidas a un enorme peso.

Un inspector de la S.A.B. que realiza una visita oficial encuentra a Bakanja cubierto de heridas. Todavía vive, el inspector lo lleva en su propio barco hasta Busira, a casa de un primo para que lo curen del mejor modo posible. Pero es demasiado tarde: la infección ya no podrá curarse.

A finales de julio, un padre trapense le administra los últimos sacramentos. Isidoro perdona públicamente a su asesino y pro-

mete rezar mucho por él en el Cielo. El 15 de agosto de 1909, durante la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen, físicamente agotado por seis meses de sufrimientos, Isidoro Bakanja muere y se reúne para siempre con María, a la que tanto amó. Todos los testigos son acordes en afirmar que fue flagelado por odio a los cristianos.

El 25 de abril de 1994, Isidoro fue beatificado San Papa Juan Pablo II que dijo: *«Tú, Isidoro... sufriste la flagelación como tu Maestro porque quisiste permanecer fiel a la fe de tu bautismo a toda costa. Al igual que tu Maestro en la Cruz, perdonaste a tus perseguidores, mostrándote artífice de paz y de reconciliación... Revestido con el "hábito de María", avanzaste, como Ella y con Ella, en tu peregrinación de la fe. Ayúdanos, a nosotros que debemos recorrer el mismo camino, a elevar los ojos hacia María y a tomarla como guía».*





MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a la consideración DE LA VIDA ETERNA

Todos los seres humanos ambicionamos conservar la vida temporal, que tarde o temprano se va a acabar. Pero, ¡qué poco nos preocupamos por la vida eterna, la única verdadera!

La promesa que la Virgen hizo a los niños de llevarlos al cielo fue lo que les dio ánimo y fortaleza para superar todas las pruebas y sufrimientos que tuvieron que pasar y lo que les llenaba de alegría. Y esa esperanza de cielo debe también acompañarnos en nuestro diario vivir. Los cristianos debemos vivir siempre con la mirada y el pensamiento puestos en la eternidad. Dios, al crearnos, nos destinó a participar de su misma vida divina. Por eso, como dice el Génesis: “Dios creó al Hombre a su imagen y semejanza: Él los creó Hombre y Mujer” (Gn. 1, 27). No somos de aquí abajo, nuestra Patria verdadera es el cielo.

Más adelante nos dice también el Génesis que “El Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra y le insufló por la nariz un soplo de vida, y el hombre se transformó en un ser vivo”. (Gén. 2, 7). Luego el cuerpo humano fue sacado del polvo, pero la vida y el espíritu que animó a ese cuerpo inerte fue el soplo creador de los labios de Dios. Por eso nuestra alma es un ser espiritual que participa de la vida de

Dios y es inmortal. Cuando el cuerpo muere, el alma abandona el cuerpo y vuelve a su centro de atracción, que es Dios. Sin embargo, la participación en la Vida Eterna se decide entre dos realidades bien distintas: El cielo o el infierno.

En efecto existen dos generaciones distintas entre las cuales reina la enemistad y son opuestas entre sí: la generación de Satanás, que arrastra por el camino del pecado y conduce al infierno, y la generación del Inmaculado Corazón de María que, como Madre de los hijos de Dios, los lleva por el camino de la verdad, de la justicia y del amor para que puedan alcanzar el Cielo.

La resolución de pertenecer a uno u otro bando la decide cada uno de una manera personal. No estaría de más que, examinados a la luz de la verdad, nos preguntásemos en nuestro interior en cuál de los dos bandos queremos estar y en cuál nos encontramos actualmente.

Dios es Amor y todos sus hijos se deben distinguir por el amor. Satanás es odio, mentira, oscuridad y su generación es la de aquellos que se obstinan en el pecado.

Sin embargo, no falta en el mundo —y aún dentro de la misma Iglesia—, la incredulidad de los que niegan estas verdades, pero lo cierto es que ellas no dejan de existir por el hecho de negarlas, ni su incredulidad los va a librar de la condenación eterna si no se arrepienten.

En la Sagrada Escritura abundan los pasajes que nos hablan de la existencia del infierno y de sus tormentos. Así, en el Juicio Final, los que no quisieron cumplir las obras de misericordia serán sentenciados: **«Entonces dirá a los que estén a la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al**

fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles. [...] Y éstos irán al suplicio eterno; los justos, en cambio, a la vida eterna» (Mt 25, 41; 46).

Por eso Jesús decía a sus discípulos: **«No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed ante todo al que puede hacer perder alma y cuerpo en el infierno»** (Mt 10, 28).

Y podríamos continuar transcribiendo pasajes de la Sagrada Escritura donde Dios nos habla de la existencia de la vida eterna. Para los que tenemos fe, nos basta la Palabra de Dios que lo atestigua, porque su Palabra es verdad.

El mensaje de Fátima es una prueba de estas verdades y la Virgen ha venido a recordárnoslas para que no nos dejemos engañar por las falsas doctrinas de los incrédulos que las niegan y de los que quieren cambiar la enseñanza del Maestro. Por eso el mensaje nos asegura que el infierno existe y Nuestra Señora no se recató incluso de mostrarlo por un instante a los tres pastorcitos: **«Habéis visto el infierno —dijo la Virgen a los niños— donde van las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hicieran lo que yo os diga, se salvarán muchas almas, y tendrán paz»** (Nuestra Señora, el 13 de julio de 1917).

La devoción al Inma-

culado Corazón de María es camino de salvación para muchas almas.

Esto nos anima a acrecentar nuestro amor y devoción a la Virgen y a hacer que los demás la conozcan y la amen. La historia demuestra que muchos pecadores vuelven a Dios por intervención de María. Nuestra misión consiste en extender su devoción lejos, muy lejos, más lejos. Animar a las personas a que recen el Santo Rosario, a que lleven su medalla, su escapulario y a que recen, aunque sea tres Avemarías todos los días. Ningún alma devota de la Virgen se perderá. Porque si es aterradora la realidad del infierno y de la condenación eterna, es sumamente consoladora la realidad del cielo.





LAS VIRTUDES DE SANTA MARÍA (XII)

La pobreza

«**B**ienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos» (Mt 5, 3).

La pobreza es una virtud valiosa para la imitación Jesucristo, para vivir sus divinas enseñanzas y como consejo para los que desean alcanzar la perfección.

Dice el P. Royo Marín:

«La pobreza evangélica está fundada en el ejemplo de Jesucristo, *“que, siendo rico, se hizo pobre por nuestro amor”* (2Co 8, 9); en sus divinas enseñanzas, y en su expresa invitación para el que quiera alcanzar la perfección cristiana: *“Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme”* (Mt 19, 21).

Consiste este consejo en el desapego y desprendimiento voluntario de los bienes materiales (pobreza de espíritu) y la carencia efectiva de dichos bienes exteriores (pobreza real), en tanto-cuanto conviene para la disponibilidad plena al cumplimiento de la Voluntad de Dios, a buscar únicamente a Dios.

Su práctica perfecta es una fuente de virtudes, de tranquilidad, de paz y de alegría. Posee un alto valor apostólico de buen ejemplo, particularmente oportuno en el mundo moderno, esclavizado por el ansia insaciable de riquezas, de comodidades».

La pobreza, como la soledad, la virginidad, el silencio... es un vaciado, pero es para llenarse de Dios.

En cuanto virtud cristiana, no consiste en no poseer las cosas de este mundo (porque en tal caso todos los pobres serían santos), sino en tener el corazón perfectamente desprendido de ellas, aunque se posean. Sin embargo, la pobreza material ayuda mucho a la virtuosa, si se sabe sobrellevar según los designios de Dios; es más fácil no apegarse a las cosas cuando no se tienen que desprenderse afectivamente de ellas cuando se poseen».

La pobreza de María

La Virgen vivió la pobreza material y sobre todo la afectiva.

El hombre moderno ha centrado su felicidad en tener cosas que lo llenen de satisfacción puramente material. Para María, la pobreza voluntaria es el estuche en el que puede vivir la Voluntad del Padre como el único tesoro. Santa María es también pobre de corazón, por eso puede ver a Dios. Su pobreza de todo lo que ofrece seguridad la hizo capaz de Dios.

La pobreza o renuncia espiritual hizo de María una mujer que vivió la confianza sin límite en Dios; la hizo una mujer enteramente libre y una mujer enteramente consagrada a su prójimo...

«El viaje a Belén, todo él sembrado de desprecios, de incomodidades, de molestias y de privaciones sin cuento. La pobreza de la cueva, las circunstancias todas del nacimiento de su Hijo, son más que suficientes para dar por tierra con una virtud que no tuviera la fortaleza de María». (P. Molina).

Una consecuencia de la pobreza es la vida de trabajo. Contemplemos la Sagrada Familia, la vida

de trabajo que allí reinaba. Eran pobres y no tenían más remedio que ganarse el pan, ahorrar, no andar con remilgos, huir del lujo. San José trabajaba en su oficio de humilde artesano, María en sus ocupaciones domésticas y el Niño, ayudando a ambos. Del mismo modo, tenemos que imitar a la Sagrada Familia en este espíritu de pobreza.

María no busca salir de su pobreza, no se enfada ni se impacienta. Esa es la Voluntad de Dios, y la acepta, no resignada, sino gustosa y contenta, satisfecha, alegre. Todo lo hace con Dios y por Dios. Por eso es feliz, no cambiaría su suerte por nadie, no dejaría su pobreza por las mayores riquezas y comodidades... ¡Ah!, ¡si conociéramos bien cómo toda estrechez se transforma con la oración!

María fue la discípula más perfecta y que mejor siguió el ejemplo de Cristo. San Pedro Canisio prueba que la Santísima Virgen, con la herencia de sus padres, hubiera podido vivir desahogadamente, pero prefirió quedar pobre, reservándose tan solo lo necesario para repartir lo demás en limosnas a los pobres en el templo. No son pocos los autores que defienden que María hasta hizo el voto de pobreza, como se deduce de lo que ella misma reveló a Santa Brígida: «Desde mi infancia hice voto en mi corazón de no poseer nada en el mundo».

Los presentes recibidos de los santos Magos no debieron ser de escaso valor, pero todos los distribuyó entre los pobres, como atestigua San Bernardo... Que la Madre de Dios hubiera distribuido los susodichos dones se deduce que, andando el tiempo, no ofreció en el Templo el corderillo, que era la oferta de los acomodados, como se lee en el Levítico (12, 6), sino dos tórtolas o dos palominos, como

solían ofrecer los pobres (Lc 2, 24). María Santísima dijo a Santa Brígida: «Todo cuanto podía tener lo di a los pobres y *solo me reservé lo necesario para comer y vestir con pobreza*».

Por amor a la pobreza, no se desdeñó de desposarse con José, pobre menestral, manteniéndose con el trabajo de sus manos, hilando y cosiendo, como atestigua San Buenaventura. El ángel reveló a Santa Brígida, respecto a María, que le eran tan viles las riquezas mundanas como el polvo que se pisa. En suma: siempre vivió pobre y pobre murió...

Pidamos ayuda a Nuestra Señora del Encuentro con Dios, que nos haga pobres de espíritu, que optemos siempre por Dios y amemos el ser pobres. Pongamos medios para desprendernos de lo superfluo, de lo gustoso y aun de lo conveniente y necesario, huyendo del consumismo, y al tiempo ser generosos con los pobres.

«María vivió la pobreza, es decir, la renuncia a todo lo que al hombre le ofrece seguridad. Se desprendió de todo para vivir la confianza total en el Padre que sólo es real, verdadera y se hace visible en la renuncia a todo, para ponerlo a disposición del amor-servicio» (P. Rodrigo Molina).





«Si no os volvéis y hacéis como niños...»

Jesús tiene una predilección especial por los niños, a ellos reserva sus caricias. No quiere que se les desprecie y pronuncia severas sentencias contra aquellos que los escandalicen. Su oración se eleva a Dios en acción de gracias porque a los que son como ellos están reservados los secretos del Reino y el Padre Dios se complace en las alabanzas que salen de sus labios. Solo los que son como ellos tienen cabida en el Reino de los cielos.

Jesús, conocedor de las mentes y los corazones, se anticipa a las preocupaciones y discusiones de sus apóstoles con respecto al Reino de los

cielos. Una de sus grandes inquietudes es saber quién de ellos debería considerarse como de mayor dignidad en el reino que se preparaba

a establecer el Maestro. Este modo de pensar puramente natural, era del todo ajeno al espíritu que debe guiar a los súbditos de Su Reino.



Para mayor explicación y aclaración, Jesús les presenta como modelo a un niño, el que nada ambiciona y se contenta con el puesto que se le señala, que es dócil y sencillo, ajeno de toda ambición y orgullo, el que no está maleado, que está más cercano al Creador, tiene capacidad de asombro, está disponible hasta la donación total, con una confianza valiente y de corazón en su padre.

Al mismo tiempo el niño trae la marca de la fragili-

dad y vulnerabilidad de ser indefenso ante el mal y el sufrimiento. Una cualidad tiene el niño, y es el no pensar que las tiene, por lo cual todo lo espera de su padre porque tiene la evidencia de ser pequeño, inferior entre los mayores, pobre, carente. Es tierra virgen y arcilla blanda con la cual Dios puede realizar su obra. Tiene un corazón puro, limpio, sin forma propia, que se deja formar por Dios, según Sus planes de misericordia. Así se muestra que es obra Suya, son modelados por la gracia que obra en ellos.

De este modo, la mayor grandeza del hombre radica en hacerse como un niño. Es la exigencia evangélica de Jesús a sus discípulos: la sencillez y transparencia a semejanza de los niños, huir de toda ambición malsana en una perfecta docilidad, ductilidad y humildad. Esto excluye toda forma de doblez y complicación fruto del amor propio y del egoísmo. Lo cual solo lo puede lograr quien se apoya en una única fuerza y tiende a un único fin: Dios. El que así obra juzga todas las cosas a la luz de la fe, ve cada circunstancia como venida de la mano de Dios y se sirve de todo para ir a Él. Se apoya en Dios con la confianza del hijo. Solo busca a Dios y Su aprobación, nada teme. Obra con libertad, sin respetos humanos y sin preocuparse del juicio o del favor de los hombres. Es manso, puro, llora ante el dolor por verse débil, es el hambriento, el sediento de justicia, el perseguido, el que todo lo espera de su pa-

dre. Estas son las exigencias de los verdaderos discípulos para ser dignos del nombre de cristianos y ser aptos para entrar en el Reino de los cielos por la puerta estrecha. El corazón del verdadero hijo está en la humildad. Es lo que nos enseña Santa Teresita del Niño Jesús en su camino de infancia espiritual.

El mayor ejemplo de pequeñez nos la del mismo Dios que quiso hacerse niño, eligió hacerse hombre desde las primeras etapas de la gestación al tomar la naturaleza humana, haciéndose pobre e indefenso, privado de todo en la cueva de Belén. Aprendió sufriendo a obedecer y murió en la cruz desprovisto de todo y totalmente abandonado a la Voluntad de Su Padre.

Es la exigencia que pone Jesús a Nicodemo: nacer de nuevo, volver al seno materno significa hacerse pequeño, eso que a ojos humanos es imposible, lo puede conseguir el espíritu humilde que tiene las bienaventuranzas como proyecto de vida. Prototipo del modo de obrar de Dios en almas pequeñas, instrumentos frágiles, dóciles, humildes, es María Santísima, Ella nunca tuvo que reprimir el menor movimiento de orgullo o vanidad, Ella reconocía que por sí misma no era nada y nada podía sin la gracia de Dios. María depositó su grandeza en el Dios que enaltece a los humildes. En Ella pudo Dios hacer maravillas impresionantes. Ella es el modelo, la formadora de niños pequeños, Ella es quien los engendra al pie de la cruz.

El gran Misterio

«¡Oh Rey de las gentes y piedra angular de la Iglesia, ven a salvar al hombre que formaste del fango!» (Leccionario). Con intensidad creciente la liturgia expresa la espera del Salvador, poniendo de relieve el deseo de todos los hombres que a través de los siglos suspiraron por ella: «¡Oh Rey de las gentes..., ven!». Este deseo siempre actual en todo hombre que tiene conciencia de su necesidad de salvación, debe manifestarse también en el compromiso de profundizar cada vez más en el misterio del Amor infinito que es su única explicación.



«Dios es amor» (1 Jn 4, 16). Todo lo que obra dentro y fuera de sí es obra de amor. Siendo el Bien infinito, nada le falta, es felicísimo en Sí, nada puede amar fuera de Sí movido por el deseo de aumentar su felicidad: Él lo posee todo. Por eso que Dios ame a las criaturas no es más que derramar su Bondad infinita y sus perfecciones y hacer partícipes a otros de su ser y de su felicidad.

De este modo amó Dios al hombre con amor eterno y, porque lo amaba, lo llamó a la existencia dándole la vida natural y la sobrenatural. Amándonos Dios no solamente nos ha sacado de la nada, sino que nos ha elegido y elevado al estado de hijos suyos, destinados a participar de su vida íntima y de su eterna bienaventuranza. Este fue el plan primero de Dios, pero cuando el hombre cayó en el pecado, Dios, que lo había creado en un acto de amor, quiso redimirlo por otro acto de amor todavía más grande.

Por eso el misterio de la Encarnación se nos presenta como la manifestación suprema del «gran amor con que nos amó» (Ef 2, 4). «En esto se manifestó la caridad de Dios hacia nosotros: en que Dios envió al mundo a Hijo unigénito, para que por él tengamos vida. En esto está la caridad... en que él nos amó y envió a su Hijo, propiciación por nuestros peca-

dos» (1 Jn 4, 9-10). Después de habernos dado la vida natural, después de habernos destinado a la vida sobrenatural, ¿podría darnos Dios algo más grande que el mismo Verbo, hecho carne para salvarnos?

Dios es caridad: la historia de su acción a favor del hombre constituye todo un poema de amor y de amor misericordioso. El primer canto de este poema era nuestro destino eterno a la visión y deleite de la íntima vida divina. El segundo canto expresa todavía de un modo más conmovedor la sublimidad de su misericordia: es el misterio de la Encarnación y Nacimiento.

El pecado de Adán había destruido el plan primero de nuestra elevación al estado sobrenatural: todos habíamos caído de ese orden sin posibilidad de reparación por parte nuestra, tanto más que al pecado original hemos añadido nuestras culpas personales: «todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios» (Rm 3, 23).

Dios podía perdonarlo todo, pero su santidad infinita y su justicia exigían una satisfacción adecuada, que sobrepasaba en absoluto nuestra humana capacidad.

Entonces fue cuando se cumplió la obra más sublime de la misericordia de Dios: una de las Personas de la Santísima Trinidad, la segunda, vino a hacer por nosotros lo que nosotros no podíamos realizar. Y he aquí que el Verbo, el Unigénito de Dios, «por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo; y por obra del Espíritu Santo se encarnó en el seno de la Virgen María» (Credo).

De esta manera el amor misericordioso de Dios llega al colmo de su manifestación: pues si no hay ingratitud ni miseria más grande que el pecado tampoco puede existir amor más sublime que aquel que se inclina sobre tanta ingratitud y miseria para cubrirla de su primitivo esplendor.

Y Dios lo hace no por medio de un profeta ni del ángel más excelso, sino personalmente: toda la Santísima Trinidad obra la Encarnación, cuyo término es la unión de una naturaleza humana con la Persona del Verbo.

Aquí se manifiesta y brilla toda la inmensidad del amor y de la misericordia de Dios para con el hombre. El Hijo de Dios viene a salvar al hombre que él mismo formó del fango de la tierra.

El Creador y el Rey de todas las gentes restaura personalmente la obra de sus manos y lo pone como fundamento de la Iglesia en la cual quiere reunir a todos sus hijos dispersos.

«¡Oh Dios mío!, ¡oh inefable caridad, la más grande que puede darse: que Dios creador de todo se haga criatura para hacer que yo sea semejante a Dios!

¡Oh amor entrañable!; te has anonadado a Ti mismo, tomando la forma de siervo para darme a mí un ser casi divino.

Aunque al tomar mi naturaleza no disminuiste ni viniste a menos en tu sustancia ni perdiste la más mínima parte de tu divinidad, el abismo de tu humildísima Encarnación me inclina a prorrumpir en estas palabras:

¡Oh incomprensible, te has hecho por mí comprensible!

¡Oh increado, te has hecho creado!

¡Oh impalpable, te has hecho palpable!...

Hazme digna de conocer lo profundo de tu amor y el abismo de tu ardentísima caridad, la cual nos has comunicado en tu santísima Encarnación». (Santa Ángela De Foligno).



PEREGRINACIÓN OCTUBRE 2023



Con motivo del Año Jubilar de Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz, varios miembros del Reinado de María hicieron una peregrinación a Francia para ganar el Jubileo de esta gran Santa que supo hacerse muy pequeña, como María. Todos los peregrinos han podido visitar varios Santuarios Marianos, así como seguir los pasos de la Santa más grande de los tiempos modernos (San Pío X). De la mano de la Madre... en sus Santuarios del Pilar en Zaragoza (España), Lourdes y la Medalla Milagrosa en París (Francia), llegaron a profundizar en la pequeñez del camino de infancia espiritual recorriendo los lugares "teresianos" de Alençon, Semallé y Lisieux. Además, tuvieron la gran dicha de visitar el Santuario de San Luis M^a Grignon de Montfort (Saint-Laurent-sur-Sèvre), el Santuario de Santa Bernardita (Nevers) y, como culmen, acrecentar su devoción al Sagrado Corazón de Jesús en Paray le Monial: AD JESUM PER MARIAM.

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org
www.reinadodemaria.org

